

José Manuel Molina Ruiz y David Subirons Vallellano

EL EGO

La Página de la Vida

Serie Blanca nº 3

Barcelona

Septiembre de 2.005

La colección “Serie Blanca” forma parte de las publicaciones de la ONG La Página de la Vida.

Estas obras se han realizado para ayudar a todas las personas que quieren despertar del sueño de la ignorancia y salir, por sus propios medios, de la confusión y del sufrimiento.

Podrás acceder a otros libros, cuadernos y recursos, conocer sobre los autores y contactar con ellos desde la dirección de Internet

www.proyectopv.org

Ni los autores ni La página de la Vida tienen ningún fin lucrativo. Los beneficios económicos que se obtengan por esta obra, y por las futuras, serán siempre empleados con fines humanitarios.

Estas obras no son un trabajo personalista, ninguno de los dos autores se considera artífice de los conocimientos que ellas encierran. Su labor ha consistido en reunir y desarrollar unas enseñanzas que son patrimonio de la humanidad.

Detrás de nuestros trabajos no hay ninguna religión o doctrina. Todo el saber que se encuentra en estas páginas es el resultado de la reflexión, la constancia y el sacrificio de muchas personas que han vivido a lo largo de todos los tiempos. A ellas queremos agradecer los fundamentos indispensables que nos han permitido realizar unas obras largamente maduras.

A pesar de que, por diferentes motivos, todas las obras están inscritas en el registro de la propiedad intelectual, éstas son un bien heredado que no pertenece a ninguna organización, hermandad o secta, y deben estar siempre disponibles para toda persona que las necesite. Por ello, la reproducción total o parcial de este cuaderno está autorizada haciendo la mención:

“ Cuadernos de La Página de la Vida, www.proyectopv.org ”

1ª Edición: Septiembre de 2005

Índice.

	<u>Págs.</u>
Prólogo	5
Introducción	7
1. Las impresiones	9
2. El deseo.	13
El deseo de más	14
El deseo material	15
El deseo de trascendencia	17
El deseo “espiritual”	19
La sublimación	21
Compensaciones y consuelos	21
La muerte de los sueños	23
3. Las imperfecciones	25
El “yo”	25
Las impurezas	28

Prólogo.

Creemos, equivocadamente, que aquello de lo que somos conscientes, lo que vemos, es la verdad. No nos damos cuenta que siempre hay más en la Vida de lo que somos capaces de ver y que la Verdad no siempre es visible, pero siempre nos acompaña.

Con esta obra intentamos ofrecerte la enseñanza fundamental que permite al ser humano despertar del sueño de su ignorancia y salir, por sus propios medios, del estado de desorden, confusión, conflicto y sufrimiento. No debes leerla de cualquier manera ni en cualquier situación, sino que debes crear un espacio de serenidad, elegir el momento y lugar apropiados, prepararte para poder leer con todos los sentidos, con el alma, y comprender lo mejor posible lo que se te quiere comunicar.

Esta obra tampoco ha sido concebida para ser leída de seguido. El conocimiento que contienen sus páginas debe ser asimilado y esto, normalmente, sólo sucede reflexionando y meditando profundamente sobre sus textos. Si crees conveniente puedes trabajar sobre el texto, realizar breves resúmenes y entresacar esas frases que te iluminan y te llenan de luz para llevarlas a lo largo del día en tu corazón.

Aunque al principio no alcances a percibir y comprender todo el significado que encierran las palabras, la reflexión siembra una semilla, y el sentido de estas palabras echa raíces, no sólo en el nivel superficial del intelecto, sino a través de todo el inconsciente y del sentimiento.

El lenguaje verbal es limitado, imperfecto e impreciso. La realidad no puede ser expresada a través del lenguaje, y cuando se hace se falta siempre a la verdad. Es imposible transmitir la verdad, o recibirla, a través del lenguaje, del pensamiento o de la mente, pues la verdad no puede confinarse a semejante estrechez. En este sentido, un buen ejemplo se encuentra en el color que se recibe a través de los ojos. Cada longitud de onda de la luz es un color distinto, por lo que el número de colores es realmente infinito, pero el número de nombres que se aplican a los colores no lo es.

Ninguna vivencia puede traducirse a palabras, por ello, intentando no crear confusión, desde un principio queremos dejar claro el sentido que le damos a algunas palabras. El término “Dios” está impregnado de multitud de emociones y de sentimientos, pero es la palabra que encontramos más

apropiada para referirnos a Él. Cuando escribimos la palabra Dios nos referimos con ella al Padre, a la Verdad, a la Luz, al Ser de Luz, a la Consciencia Universal, a la Unidad, a lo Otro y, por qué no, nos referimos también al nombre que cada uno elige para designarle.

La intención de estos escritos no es ofrecer un texto doctrinal incuestionable, tampoco pretenden realizar una descripción exhaustiva de la realidad. Sencillamente están pensados para establecer unas bases abiertas a la reflexión, la crítica y el debate. Cada uno de los temas que se tratan son, en realidad, mucho más amplios, tienen más matices y repercuten de muy diversas maneras en las personas y en la humanidad. Por ello se debe reflexionar y meditar sobre sus palabras muy cuidadosamente y no tratarlos a la ligera.

Aquí no te presentamos ninguna nueva teoría o dogma que deba convertirse en una creencia, esto sería terrible. El ser humano debe obrar a partir de hechos, desde su verdad, y no a partir de creencias o ideales. Cuando entran en juego las creencias aparecen la ignorancia, la fantasía y el dolor. Lo que para una persona son hechos, para otra no tiene por que ser una creencia sino, sencillamente, una posibilidad. Estos textos describen las cosas como son y, aunque para algunas personas estas perspectivas de la verdad sean por lo pronto una posibilidad, se pueden y se deben comprobar. Porque esta obra no está pensada para seres profundamente desarrollados, sino que está concebida para todos aquellos que se inician en el sendero espiritual, para ayudar a aquellas personas que viven para ser conscientes y obrar adecuadamente.

Introducción.

Cuando un ser humano alcanza determinado grado de consciencia, una de las primeras cosas de las que se da cuenta es del ego, tanto en uno mismo como en las demás personas. Es esencial que conozcamos todo lo posible sobre el ego, qué es, cómo se forma, de qué se alimenta..., ya que el ego es la causa del aislamiento, del conflicto y del sufrimiento.

1. Las impresiones.

Las impresiones son imprescindibles para nuestra existencia. No podríamos vivir ni un segundo si no existieran las impresiones. Si el aire no hiciera impresión en los pulmones no podríamos vivir. Si la comida no lograra impresionar al aparato digestivo tampoco podríamos vivir. Todos los acontecimientos de la vida llegan al cerebro y a la mente en forma de impresiones. La alegría, la tristeza, la esperanza, las preocupaciones, los problemas, la desesperación, etc., cualquier circunstancia, cualquier acontecimiento, por insignificante que parezca, llega a la mente en forma de impresiones.

El ser humano siente, es un ser sensible, y vive muchas impresiones como sensaciones. Todo organismo vivo experimenta sensaciones. Existen cinco clases de sensaciones físicas, las correspondientes a los cinco órganos sensoriales además de las sensaciones que recogen los órganos sutiles cuando estos se encuentran desarrollados. Cada vez que un órgano entra en contacto con un estímulo se produce la sensación, sea esta táctil, olfativa, visual o de otro orden. Sólo existen tres clases de sensaciones, agradables, neutras y desagradables. Las agradables suelen despertar deseo y, por consiguiente, apego; las desagradables suelen desencadenar aversión y, por ello, rechazo.

De las cosas que nos resultan desagradables normalmente intentamos huir, las apartamos o tratamos de cambiar las causas externas que la producen; hacemos lo que sea para librarnos de lo que nos parece incómodo. A pesar de todo, no hay forma de librarnos de la incomodidad hasta que no nos hayamos liberado del deseo. Hagamos lo que hagamos con nuestro cuerpo, lo movamos como lo movamos, la incomodidad aparecerá de nuevo, porque estamos deseando la comodidad. Evidentemente, desear constantemente la comodidad es un modo de pensar defectuoso y no tiene mucho sentido. Se debe a que cerramos los ojos ante la realidad y tratamos de ver solamente lo que nos agrada. Habitualmente tratamos de culpar siempre a otros de lo que nos parece desagradable; algunos llegan incluso a culpar al diablo. Pero da igual a quien se culpe, al vecino o al diablo, la verdad de la vida es la impermanencia total y tenemos que comprenderlo para obrar de acuerdo con ella.

Cada día tratamos de librarnos de las sensaciones desagradables librándonos de las personas y de las situaciones que las producen, culpando a las demás personas en vez de observar la reacción y comprender que ha

aparecido, que permanecerá un momento y desaparecerá; que nunca nada permanece igual, que si la observamos detalladamente, aunque sólo sea un momento, estamos siendo atentos antes que reactivos. Nuestra reacción, que pretende que conservemos lo agradable y nos desprendamos de lo desagradable, es la razón de nuestro continuo vagabundeo alrededor de la vida sin dirección alguna. Este es un movimiento circular del que normalmente no se sabe salir, ya que es casi imposible salir de ese surco, pues nos encontramos como en un tiovivo en el que damos vueltas y más vueltas tratando de conservar lo agradable y liberarnos de lo desagradable. Lo único que nos puede sacar de este tiovivo es observar consciente y atentamente nuestras reacciones y por la comprensión de lo que es dejar de reaccionar automáticamente y empezar a obrar adecuadamente. Si, aunque sea por un momento, comprendemos esto, a través de la misma comprensión nos desenvolveremos en la vida cotidiana de una manera para todos positiva.

Cuando una sensación desagradable aparezca en el cuerpo no tenemos que culpar a nadie, pues nadie tiene la culpa de las sensaciones aparecidas, sólo son sensaciones que aparecen y desaparecen. Hay que observar las sensaciones y aprender, pues si no miramos las sensaciones desagradables sin rechazarlas nunca podremos vivir espiritualmente. Esta vida nos ofrece la situación ideal para aprender que las sensaciones desagradables son sólo sensaciones, que no tenemos que aceptarlas ni identificarnos con ellas porque no las hemos invitado a aparecer en nuestra vida. Si no las invitamos tampoco tenemos que pensar que son nuestras.

Normalmente, las impresiones hieren a la mente y ésta, entonces, reacciona contra el impacto que proviene del mundo exterior. Las respuestas de la mente a las impresiones, cuando no se vive conscientemente, son automáticas. En tal caso, si nos pegan pegamos, si nos insultan insultamos, si nos invitan a beber bebemos, etc. Se debe evitar tal reacción, y esto sólo es posible interponiendo la consciencia entre la mente y las impresiones.

A no ser que nos demos cuenta de lo que ocurre en nuestra mente y en nuestros sentimientos cuando aparecen estas sensaciones, caeremos una y otra vez reaccionando según la norma de nuestros viejos hábitos. Lo que pensamos constantemente, aquello ante lo que reaccionamos una y otra vez, marca surcos en nuestro interior. Como en un camino fangoso en el que un coche patina y se hunde cada vez más, así ocurre en nuestro interior. El surco se hunde más y más, hasta que al final es tan hondo que parece casi imposible poder salir de él y seguir avanzando.

Estamos en contacto con las cosas exteriores, las sentimos y reaccionamos. Sentimos el dolor y deseamos automáticamente huir de él.

Pero en vez de querer huir de él, si somos conscientes del punto en donde se encuentra la sensación y percibimos su naturaleza cambiante, la sensación cambiará de lugar o de intensidad. La impermanencia, la insatisfacción y la falta de entidad propia son las tres características que podemos encontrar en todo lo que existe; mientras no las veamos con absoluta claridad no podremos andar el camino espiritual.

Todo es transformación. El proceso de la vida, en sí misma y por sí misma, se fundamenta en la transformación. Cada criatura del Universo vive mediante la transformación de una sustancia en otra. Un vegetal, por ejemplo, transforma el aire, el agua y las sales de la tierra en nuevas sustancias vitales, en elementos útiles. En los seres humanos el alimento común entra en el aparato digestivo, donde se transforma para ser utilizado por el organismo; y el aire se transforma en el aparato respiratorio para ser igualmente utilizado. Las impresiones, cuando se experimentan de manera consciente, también se digieren por la consciencia y nutren al ser humano. Entonces le alimenta el cuerpo físico y le aporta también los componentes necesarios para la creación y el sustento de los cuerpos existenciales que son más sutiles que el físico.

Se debe ser consciente de las impresiones. Si uno es consciente y vive en un estado de alerta percepción, de instante en instante, de momento en momento, sin duda se va volviendo cada vez más consciente. Ser consciente significa interponer la consciencia entre la mente y las impresiones. Al ego se le alimenta con impresiones no digeridas, no transformadas. Esa energía, que son las impresiones, o se utiliza para fortalecer la consciencia y la vida espiritual o alimenta al ego. Muy pocas personas viven siendo conscientes de lo que sucede en su “interior” y en su “exterior”, y por eso las impresiones llegan a sus mentes y permanecen así, sin transformar, dando origen y alimentando al ego.

Actualmente, en este pequeño planeta, cuando alguien vive conscientemente origina fuerzas totalmente diferentes a las de sus semejantes, fuerzas distintas, fuerzas que la hacen una persona completamente diferente a las demás. Quienes crean tales fuerzas se vuelven distintos, superiores, se transforman de tal modo que hasta su potencial en la vida se multiplica. Si se colocaran a dos personas en un lugar inhóspito, con mala alimentación, mal ambiente, etc., uno que no viviera conscientemente, que vive una vida mecánica y el otro que vive una vida consciente, de instante en instante, podríamos estar casi seguros que el primero moriría antes y que el segundo viviría más tiempo a pesar del ambiente inhóspito, porque está compuesto y rodeado de fuerzas diferentes.

Necesitamos dejar de reaccionar y de vivir como autómatas. Pero, para ello, debemos ser conscientes, obrar adecuadamente y, con ello, permitir que se disuelvan todos los agregados psíquicos y dejar de crear otros nuevos. Diariamente los estamos creando al no digerir las impresiones. Necesitamos digerir las impresiones, transformarlas en fuerzas distintas para no crear nuevos egoísmos. También necesitamos digerir las viejas impresiones, las que dieron origen a hábitos, emociones inferiores, pensamientos negativos, instintos depravados, etc., las que originaron el egoísmo que actualmente manifestamos.

No existe, en realidad, algo como la vida externa. Casi todo el mundo cree que lo físico es lo real. Pero si reflexionamos sobre ello nos daremos cuenta que lo que realmente estamos recibiendo a cada instante, en cada momento, son meras impresiones. La vida es una sucesión de impresiones, no es como muchos creen una cosa sólida, física, de tipo exclusivamente material. La realidad de la vida son las impresiones que cada uno recibe. Éstas llegan a la mente a través de las ventanas de los sentidos. Si no tuviéramos, por ejemplo, ojos para ver, ni oídos para oír, ni tacto para tocar, ni olfato para oler, etc., ni aún siquiera gusto para saborear los alimentos que entran en nuestro organismo, eso que se llama el mundo físico no existiría para nosotros. La vida nos llega en forma de impresiones y es ahí, precisamente ahí, donde existe la posibilidad de trabajar sobre nosotros mismos.

El mundo físico no es tan externo como creen aquellos que carecen de conocimiento. Lo exterior resulta ser lo interior y es ahí, sobre lo interior, donde se debe trabajar. Las impresiones son interiores. Todos los objetos, las cosas, todo lo que vemos existe en nuestro interior en forma de impresiones. Pero esta idea es muy difícil de comprender porque es muy poderoso el hipnotismo que provocan los sentidos. Aunque sea difícil de entender, casi todos los seres humanos se hallan en una especie de hipnosis colectiva. La lujuria, la codicia, el odio, el orgullo, la envidia, etc., existen en forma de impresiones dentro de la mente y condicionan la consciencia. La mente se encuentra tan enfrascada en el mundo de los cinco sentidos que cree firmemente que éstos le muestran la realidad. Pero el ser humano debe darse cuenta que vive en el propio mundo que crea con sus deseos, con sus pensamientos y sus sentimientos.

2. El deseo.

El deseo es la base del dolor y del placer. Es la sensación con el propósito de un logro. Una persona, una palabra, un objeto ofrece una sensación, que le hace sentir a uno que le gusta o le disgusta. Si la sensación es agradable, se desea lograrlo, poseerlo, aferrarse a su símbolo y continuar con ese placer. De vez en cuando, según las propias inclinaciones y fuerzas, uno cambia el cuadro, la imagen, el objeto.

Cuando el ser humano se cansa y se aburre de una forma de placer busca una nueva sensación, una nueva idea, un nuevo símbolo. Rechaza la vieja sensación y se abre a una nueva, con nuevas palabras, nuevos significados y nuevas experiencias. Se resiste a lo viejo y se rinde a lo nuevo, que considera superior, más noble y satisfactorio. Por eso, en el deseo siempre hay resistencia y rendición, lo que origina la tentación, y al rendirse una persona a determinado símbolo del deseo hay siempre temor a la frustración.

Siempre hay un objeto hacia el cual la mente se dirige en busca de más sensación, y en este proceso se encuentran envueltos el rechazo, la tentación, el temor y la disciplina. La propia mente es el instrumento de la sensación y del deseo, o más bien, es la sensación y el deseo, y se haya mecánicamente atrapada en esa rutina de percibir sensaciones y de desear. Es necesario comprender todo este proceso del deseo, la rutina, el aburrimiento y del ansia constante de experiencia.

En la persona que desea hay percepción, contacto, sensación y deseo, y su mente se convierte en el instrumento automático de este proceso. En él los símbolos, las palabras y los objetos son el centro hacia el cual se erigen todo deseo, todos los empeños y las ambiciones, y ese centro es el “yo”. Cualquier forma de deseo, ya sea de objetos materiales o sutiles como la grandeza, la virtud o la verdad, supone un proceso psicológico por el que la mente elabora y fortalece la idea del “yo” y alimenta al ego.

No hay una entidad separada del deseo, sólo hay deseo, no “uno” que desea. Una entidad no es diferente de sus cualidades. La persona que trata de llenar su vacío, su insuficiencia, su soledad, o que intenta escapar de ellas, no es diferente de aquello que está eludiendo, sino que es eso mismo. No puede escapar de sí misma; todo lo que puede hacer es comprenderse a sí misma.

Está claro que hay ciertas necesidades físicas –como el alimento, el vestido o la vivienda-, pero estas cosas no se convierten para una persona evolucionada en apetitos psicológicos, ni su mente las erige como dentro de deseo. Ella se encuentra lejos del sufrimiento, pues conoce y comprende todo esto y, para ella, el deseo tiene justo el significado que debe tener.

El deseo de más.

Se suele decir que el mundo es un valle de lágrimas, que está cargado de horrores, desgracias y que va a peor. Desaparición de especies y de hábitats, agotamiento de los recursos no renovables... Se ha asumido como algo normal las guerras, los abusos a los débiles y a los oprimidos y se entiende como algo lícito el ojo por ojo, diente por diente. Los odios étnicos, religiosos y nacionalistas campan a sus anchas. Todo es legítimo para alcanzar los propios propósitos y todo vale para poder tener más, para poder desear más.

La Tierra se encuentra sumida en una degradación ecológica que cada día aumenta y que no parece tener fin. Las ciudades viven sumidas en una vorágine de delincuencia. Sus habitantes son verdugos y víctimas. Las familias sufren el desamor, los maltratos a los hijos y la violencia doméstica. Se abandonan a los ancianos, a los niños y a los animales. La desesperación y la depresión se adueña de gran parte de la población. Muchas personas se mueren de aburrimiento, sienten sus vidas carentes de contenido y las tienden a llenar adquiriendo objetos materiales, comiendo convulsivamente o dejándose morir de hambre. El alcohol y las drogas son el único consuelo de muchas otras personas.

Para muchos, comprobar que sus deseos de más no se cumplen se convierte en una desgracia imposible de sobrellevar. El deseo es la causa fundamental del sufrimiento en la vida. Se desea más dinero, más prestigio, más seguridad... El deseo de más siempre está presente. Consentido y bien visto por la sociedad en general, las personas que consiguen tenerlo todo reciben el aplauso del ganador.

La codicia condiciona todas las acciones, surge desde el interior y destruye todo lo bueno que hay en uno. La codicia no pertenece a un pueblo, a una raza o a una cultura en concreto; tampoco la fomenta un determinado sistema político o económico. Ha vivido en el ser humano en todas las épocas, pertenece a toda la humanidad, a cada uno de nosotros y por ello somos nosotros mismos, personalmente, quienes debemos solucionar el problema del sufrimiento.

La codicia, el deseo de más, la ambición, el afán... son algo estúpido. Es escapar de la realidad, de lo que es. Escapar de lo que es es estúpido, pues lo que es, lo que uno es, está siempre ahí, engendrando conflicto y lucha. Quien desea fusionarse con algo más grande, unirse con otro ser humano, está eludiendo la desdicha, la confusión. Su mente sigue funcionando en la separación, la cual es desintegración. Lo que es no puede describirse con el pensamiento. La verdad, la realidad, sólo puede vivirse en el instante eterno, segundo a segundo. Lo que es sólo puede experimentarse con una mente en paz. La mente, por sí sola, es dual, desintegra y separa.

Si se busca el origen de la terrible situación en que nos encontramos los seres humanos se hallará que es el anhelo de más el que nos lleva a vivir este infierno. El origen de la infelicidad, de las guerras, los abusos, las opresiones, la delincuencia, la pobreza, la injusticia y muchos otros males habituales que padecemos provienen del deseo de más, de la codicia que nace de la ignorancia y de la ofuscación.

El deseo material.

La sociedad está atrapada por el materialismo. Ceder a la fuerza del deseo aprisiona al ser humano en esas cosas, personas y situaciones que consuelan y compensan porque no se tiene el valor de "ser", por no ser de verdad y plenamente. La comodidad se ha convertido en un modo de vida y casi nadie es consciente ni obra apropiadamente ante los problemas que la existencia les ofrece. No se suele responder al reto de la vida obrando aquello que es lo bueno y lo justo, sino que las respuestas se quedan casi siempre en actos mediocres y cómodos. Ocurre entonces que no se cumple la misión, se acumulan deudas con las personas y con la vida y, a pesar de haber elegido la propia comodidad, el ser humano se sumerge en su propio malestar, en su pequeño infierno. Muchas personas están cansadas de llevar una vida inapropiada, por no haber encontrado el "ser", ese vivir espiritual en plenitud, y sólo quisieran descansar. Pero esa "comodidad" sólo puede conducir a no vivir en absoluto y a producir dolor.

En ningún otro momento de la historia ha habido tantas personas acudiendo a terapias en busca de ese huidizo "algo" que echan de menos en sus vidas. Ese algo perdido que en la sociedad actual elude a la mayoría de las personas es ese conectar con uno mismo, con Dios, con la propia verdad y obrar adecuadamente. La sociedad está compuesta por personas muy superficiales y, por lo tanto, se encuentra atrapada en el materialismo. Presionados por la sociedad y sus medios de comunicación, casi todos se definen por lo que parecen y por cuánto y qué tipo de cosas tienen. En lo más

profundo, todos nos damos cuenta de que el dinero y las posesiones materiales no pueden darnos la felicidad. Pero hemos vivido bajo el influjo de los falsos valores durante tanto tiempo que casi nadie recuerda lo que en realidad es esta felicidad. Nos hemos convertido en una sociedad que vive para la satisfacción inmediata.

Todo el nivel físico, -con el propio cuerpo, incluido su aspecto, y las propiedades que poseemos- son un medio que nos ofrece la vida que nos permite ejercitarnos en el ser conscientes y en el obrar adecuadamente. No son medios por los que obtener placer. Casi todo el mundo busca placer en las posesiones y, aunque no sean felices con ello, simulan que sus vidas son perfectas. Pero aun siendo la vida en los países desarrollados tan “perfecta”, con todos los rápidos y fáciles lujos, casi todos se sienten muy vacíos.

Todos hemos buscado fuera de nosotros mismos cosas que nos hicieran felices, que nos animasen cuando estábamos decaídos, pero no se puede encontrar la felicidad por ese camino. Para poner fin a las depresiones y llenar el vacío lo que necesitamos es vivir espiritualmente. Nos ocurren cosas, claro está, pero es la consciencia y la manera en como obramos ante esas cosas lo que determina la felicidad propia y del mundo que nos rodea. Somos libres para elegir entre las diferentes soluciones que existen para nuestros problemas.

Nos hemos apartado mucho del sentido por el que estamos aquí. Nos encontramos en este plano para ser conscientes, para amar de verdad y obrar apropiadamente, pero nos hemos quedado atrapados en las redes de una cultura materialista. Ser conscientes significa vivir otros valores diferentes de los que tiene el mundo moderno. Desgraciadamente, antes de ocuparse en vivir espiritualmente, en “ser”, la mayor parte de la gente espera a tener un infarto, una úlcera de estómago, a que su pareja le abandone o tenga lugar algún acontecimiento que trastorne su vida. Casi nadie recuerda cómo jugar como lo hace un niño y simplemente “ser”. Todos los problemas que la vida adulta trae consigo -conservar el empleo, pagar facturas, etc.- acaban ampliándose y ocupando la vida entera. Ya no se vive de verdad, intensamente, como viven y ríen los niños.

No vivir espiritualmente, no “ser”, crea un vacío que se llena viendo la televisión o trabajando más horas. Es necesario que tomar una decisión y comprometerse a vivir espiritualmente. Sólo entonces volveremos a conectar con nosotros mismo, con Dios, con la verdad y obraremos adecuadamente.

El deseo de trascendencia.

Casi todo el mundo anhela ser otra persona diferente de la que es, salir de sí mismo e ir más allá de los límites de su propio aislamiento. Éste es el deseo de trascendencia, que surge del dolor que produce la propia existencia. Casi todos, incluso entre aquellos a quienes la naturaleza y la fortuna han dotado de mayores riquezas, sienten en su interior el deseo de trascendencia y el rechazo de su identidad.

El deseo de autotrascendencia no es más que un deseo de evasión y de escape de la propia realidad y de la responsabilidad que cada uno tiene ante la vida. Este deseo de trascendencia y de evasión de la realidad resulta en el mejor de los casos insatisfactorio y en el peor desastroso, enajena mentalmente y lleva al ser humano a una especie de animalidad inconsciente. Puede dispersar hacia el arte o la ciencia, la política, la religión o el trabajo. Aunque también puede hacerlo hacia las drogas.

Millones de hombres y mujeres son esclavos del alcohol, del hachís, del opio y sus derivados, de los barbitúricos o de otras drogas sintéticas que, en la actualidad, se han sumado a los antiguos venenos capaces de generar “autotrascendencia”. El éxtasis por medio de la intoxicación fue una parte importante de las religiones antiguas y sigue siendo parte esencial en las prácticas religiosas de muchos pueblos primitivos. Pero lo que parece ser en un principio una liberación es en realidad una nueva esclavitud.

Igual que la intoxicación, la sexualidad, practicada al margen de la consciencia y del amor, es otra forma de autotrascendencia. Se practica así una sexualidad animal que tiene el poder de transportar al individuo más allá de su personalidad y de su aislamiento; de ahí la perpetua atracción que tienen la orgía y el desenfreno. Esta es, por desgracia, la forma más habitual de sexualidad, que lleva a quienes la practican a un nivel inferior de humanidad y a una alienación completa.

Unas pocas personas pueden reunirse para trabajar aspectos de su personalidad que les impida vivir espiritualmente. Éstas pueden ejercer sus consciencias de forma que Dios, la Verdad o la Luz, como queramos llamarle, florezca en ellas. Pero si se aumenta el número de los componentes, la presencia divina resulta algo más que problemática, de manera que la probabilidad de que Dios esté ahí, en la consciencia de cada uno, mengua hasta el punto de esfumarse. Ésa es la naturaleza de las muchedumbres excitadas -y toda multitud se excita automáticamente. Allí donde se congregan dos o tres mil personas se produce una ausencia no ya de la divinidad, sino también de la humanidad más simple. El hecho de ser parte de

la multitud libera al ser humano de la consciencia de estar aislado en su ego y lo transporta hacia lo abyecto, hacia un dominio menos que personal, en el cual no hay responsabilidades, no hay bien ni mal, no hay necesidad de pensar, de juzgar ni de discriminar, tan sólo existe una vaga sensación de ayuntamiento, una excitación compartida, una alienación colectiva. Además, se trata de una alienación menos agotadora y más prolongada que las de otro tipo, como por ejemplo la que sigue al envenenamiento por alcohol o morfina.

Individualmente o en grupos muy reducidos y con características concretas, el ser humano ordinario puede desplegar una relativa capacidad de pensamiento racional y de elección libre de sus actos. Pero pastoreados hasta formar muchedumbres informes, esos mismos hombres y mujeres se conducen como si estuvieran poseídos, pero no precisamente por la razón ni por la libre voluntad. La intoxicación en masa los reduce a una condición caracterizada por la irresponsabilidad infrapersonal y antisocial. Drogados por ese misterioso veneno, que toda muchedumbre excitada segrega, caen en un estado de muy alta sugestionabilidad. Mientras se encuentren en tal estado, creerán cualquier estupidez y obedecerán cualquier orden, por insensata o delictiva que pueda llegar a ser. Para todos los que se hallen bajo el veneno del rebaño, todo lo que dice el líder o pastor es verdad o, incluso, revelación divina. He ahí por qué las autoridades -los sacerdotes y los líderes de los pueblos- nunca han proclamado la inmoralidad de esta forma de autotranscendencia deshumanizante.

Es verdad que el delirio de las masas, que evocan los integrantes de la oposición, o que se invoca en nombre de principios heréticos, siempre ha sido condenado por quienes estuvieran en el poder. Pero el delirio de las masas suscitado por los agentes del gobierno, el delirio de las masas en nombre de la ortodoxia, es una cuestión enteramente distinta. En todos los supuestos en los que pueda llevarse a la práctica este tipo de trascendencia para servir a los intereses de quienes controlan las religiones y el estado, la autotranscendencia por medio de la intoxicación en rebaño recibe el tratamiento de algo legítimo y sumamente deseable. Las peregrinaciones y los mítines políticos, las celebraciones coribánticas y los desfiles patrióticos, todo este tipo de manifestaciones en masa son éticamente correctas mientras sean “nuestras” peregrinaciones, “nuestros” mítines, “nuestras” celebraciones y “nuestros” desfiles. El hecho de que la mayoría de los participantes de ese tipo de celebraciones se encuentren provisionalmente deshumanizados por el veneno que inyecta el rebaño no tiene relevancia en comparación con el hecho de que su deshumanización puede utilizarse para consolidar el poder religioso y político. Pertenecer a una muchedumbre es el mejor antídoto de cuantos se

conocen contra la espiritualidad, la inteligencia y el pensamiento independiente.

Las drogas, la sexualidad elemental y la intoxicación de las masas son las tres vías más populares de autotranscendencia deshumanizante. Existen muchas otras vías, aunque no tan utilizadas como estas anchas autopistas, que conducen a esa misma meta infrapersonal. Por ejemplo, está la vía del movimiento rítmico, tan abundantemente empleada en las religiones primitivas con objeto de conseguir el éxtasis. Estrechamente relacionado con el rito del movimiento rítmico se encuentra el rito del sonido rítmico, que tiende igualmente a alcanzar el éxtasis. La música influye fuertemente en las personas y puede ser una potente droga que las altere totalmente.

Con objeto de huir de los horrores del aislamiento y de la soledad, la mayor parte de la humanidad se identifica con una causa, con un ideal “más elevado” que sus propios intereses inmediatos. Este ideal se suele encontrar siempre dentro de la escala de valores sociales al uso, y esta forma de autotranscendencia puede tener por objeto algo tan banal como un hobby, o tanpreciado como el amor conyugal. Puede alcanzarse a través de la identificación con cualquier actividad humana, desde la dirección de una empresa hasta la investigación en el terreno de la física nuclear, desde la composición musical hasta el estudio de los hábitos de apareamiento de las aves. Hagamos lo que fuere en nuestra vida, en cualquier campo –arte, ciencia, leyes, filosofía, religión, etc.-, si lo realizamos con el deseo de trascendencia todo quedará manchado por el egoísmo y la ignorancia. La consecuencia será entonces el sufrimiento y la confusión para uno mismo y para los demás.

Sin deseo de trascendencia no habría enfrentamientos ni guerras, ni odios religiosos ni ideológicos, ni intolerancia ni persecuciones. Los enormes males que acosan a la humanidad son fruto del deseo de trascendencia y de la identificación del ser humano con ideas, sentimientos y causas.

El deseo “espiritual”.

Las raíces del deseo de más se encuentran en casi todas las personas, es instintivo e insaciable. Por lo general se desean riquezas, amor, nivel social y salud, y estos deseos proceden del instinto. Pero hay otros tipos de deseos, que podríamos llamar trascendentales, entre los que destaca el ansia “espiritual”. Se dice de él que es el deseo del alma de reunirse con su creador, de fundirse con la Luz y pasar a formar parte de lo Uno. En el plano filosófico podríamos definirlo como el deseo de conocer el significado último

de la vida. Casi todos manifestamos de una u otra forma este tipo de ansia “espiritual”.

La rutina que impone la vida se convierte en insoportable si no se puede dar respuesta a esa ansia espiritual. Levantarnos, ir al trabajo, para ganar dinero, para poder pagar un buen seguro médico y tener buena salud, para poder seguir trabajando y de esa forma poder dar una buena educación a nuestros hijos, para que tengan un trabajo mejor que nosotros y puedan tener hijos que puedan trabajar y seguir así sucesivamente. Este baile diario y continuo se convierte para la persona común en un sin sentido y, entonces, encuentra como única salida alimentar su ansia “espiritual”.

El hambre “espiritual” causa mucho sufrimiento. La historia nos enseña la gran cantidad de “santos”, “maestros” y mártires que prefirieron el dolor, e incluso la muerte, antes de renegar o abandonar sus creencias y prácticas religiosas. Muchos practicantes de tradiciones religiosas consideran tan doloroso el hambre “espiritual” que prefieren renunciar a los placeres y gozos de la vida más material y mundana antes que perder la oportunidad de saciar ese vacío.

La mayoría de los creyentes de las diferentes doctrinas religiosas carecen de una comprensión mínima de las bases de su religión. Adorar a Dios o a los dioses les es suficiente, no necesitan saber acerca de la naturaleza o las intenciones de estos para con la humanidad. Infinidad de personas rezan dudando de la eficacia de la oración, para ellos es simplemente un acto reflejo, un automatismo que funciona en una situación de dolor o tensión. A pesar de que se halla dejado de creer en Dios, todavía se quiere y se necesita saciar el ansia “espiritual”. Se necesita llenar ese hueco.

El ansia “espiritual” es el deseo de tener la seguridad de que nuestra vida se desarrolla de manera correcta, es el deseo de tener la certidumbre de que nuestras vidas tristes y grises tiene un significado profundo e imperecedero; es el deseo de saber que nuestras pequeñas acciones de bondad y de abnegación nos serán tenidas en cuenta y serán sometidas a justo premio; el deseo de saber el por qué de nuestra vida y como tenemos que llevarla a cabo; el deseo de encontrar alguna vez la verdad con mayúsculas entre todas las pequeñas verdades que nos rodean diariamente.

El dilema parece estar servido, o colmar el ansia “espiritual” a costa del éxito convencional o prosperar materialmente en un estado de hambre “espiritual”. Echando un simple vistazo a las sociedades actuales nos daremos cuenta que la gran mayoría de los seres humanos opta por esta segunda opción. Pero las dos opciones se encuentran bien lejos de la

verdadera espiritualidad, porque surgen desde el deseo, desde el ansia y, en definitiva, desde la sed del ego.

La sublimación.

Sublimar significa elevar. La sublimación no es más que una forma de compensar o satisfacer un deseo a través de un sustituto. Cualquier deseo elemental se convierte, cuando se sublima, en un deseo de orden “superior”. El deseo sexual insatisfecho se convierte entonces en una necesidad emocional o intelectual, y en el caso de quienes se consideran “religiosos” en un deseo espiritual. Las personas que subliman sus deseos renuncian voluntariamente y por la fuerza a la satisfacción de tipo elemental y se compensan con una nueva satisfacción de orden emocional, mental o “espiritual”. En todos los casos se desea siempre el mayor grado posible de placer y de satisfacción. La forma o el plano en el que este deseo de placer se satisfaga carece de importancia, lo esencial para estas personas es alcanzar la sensación de satisfacción y evitar el descontento.

La sublimación es recomendada y alentada por muchas sectas, pero puede que no sea el mejor camino que se tome en la andadura espiritual. En la sublimación todo es deseo e ignorancia, pues en realidad tanto da que se desee una relación sexual, una relación emocional, conocimiento o una unión con Dios. En el fondo, lo que se desea es placer, y con la búsqueda u obtención de esta forma tan peculiar de placer el ser humano se aleja de la realidad de su propia vida y del sendero espiritual.

Compensaciones y consuelos.

Estamos aquí, en esta Tierra para vivir espiritualmente. Esto significa vivir en Unidad con nosotros mismos y con todo lo que nos relacionamos. Vivir una vida espiritual también significa descubrir la relación personal con el único Ser que es verdaderamente espiritual. Da exactamente igual que lo llamemos Dios, Alá, Gran Espíritu o Ser Supremo de Luz, pues la esencia de este ser sigue siendo la misma a pesar del nombre que le otorguemos.

Todos los diferentes aspectos de la vida espiritual tienen relación con el conocimiento, el amor y el sacrificio. Pero, a pesar de nuestro deber de vivir espiritualmente, casi toda la humanidad vive de forma materialista, cruel e ignorante. Y, aunque sus formas exteriores lo desmientan, esta manera de ser provoca en el propio ser humano un sentimiento de soledad y un sufrimiento que hace de la vida un peso insostenible. Pocos son los que recorren el

camino que les muestra la espiritualidad más elevada y, a la vez, más sencilla, la única senda que permite surgir el gozo y la felicidad. Casi todos, en su tozudez e ignorancia, se obstinan en tropezar por los caminos del error.

Una compensación o consuelo son las cosas que hacemos, o a las que nos dirigimos, para sentirnos cómodos y seguros en momentos de inseguridad o dolor emocional. Es ese cigarrillo que algunas personas fuman cuando están disgustadas o preocupadas. Es el helado de chocolate que algunos comen después de haber roto con alguien; es la cerveza o licor que se toma al final de la jornada para “aliviar” la tensión del día; es el ir de compras a lo loco cuando se tiene un sentimiento de depresión, etc. Se puede intentar encontrar consuelo y compensación con la compra de artículos de lujo, como joyas o ropas caras, o en la compra de artículos cotidianos, como cigarrillos y comida. También se puede desear encontrar consuelo buscando refugio en recuerdos agradables de la infancia o de la juventud, sencillamente del pasado.

Si se recurre a la comida, a la bebida, al tabaco, incluso podría ser al propio trabajo, para aliviar el disgusto o la incomodidad en la que está sumida la propia vida, se evita ver lo que en realidad produce dolor. Después de que se ha fumado un cigarrillo o comido un trozo de pastel, el problema sigue estando ahí, no ha desaparecido porque se le haya evitado. Nuestros problemas, el problema que hacemos de nuestra vida, sólo puede resolverse desde la espiritualidad. Es necesario asumir la responsabilidad, responsabilizarnos de nuestra vida y de nuestros actos. No podemos pensar que alguien vendrá y se encargará de solucionarnos nuestros problemas.

Siempre tenemos ante nosotros la posibilidad de escoger el camino de las compensaciones y de los consuelos que nos aleja de la Luz. Se busca en él la compensación y el consuelo en un intento de escapar del sufrimiento y de la soledad que causa la propia vida errada. Nos perdemos en compensaciones y en consuelos cuando no queremos ver lo que somos, la razón por la que estamos aquí ni lo que debemos realmente hacer con nuestras acciones y con nuestra vida.

Los deseos obsesivos, el conocimiento de saber lo que tenemos que hacer y lo que realmente hacemos, la lucha interior, las inseguridades y la resistencia que oponemos a cualquier cosa que amenace nuestro sistema de creencias, todo ello representa una fuente de sufrimiento. Cuando nuestras creencias son cuestionadas, amenazadas o se ven agitadas nos angustiamos y deprimimos. Cuando reaccionamos inconscientemente ante las personas o circunstancias, perdiendo la consciencia, también entramos en la esfera del sufrimiento. Entonces buscamos consuelo y compensación, y escondemos la

cabeza bajo el ala. Nos ponemos a la defensiva, echamos la culpa a los demás o a las circunstancias y nos negamos a asumir la responsabilidad de lo que nos ocurre en nuestra vida. Casi todos esperamos que la vida nos de siempre lo que deseamos. Las circunstancias no pasan simplemente, sino que somos nosotros mismos los que creamos todas las situaciones por la manera en que reaccionamos ante los problemas y ante todo lo que acontece.

Cuando vivimos espiritualmente nos encontramos con ese sentimiento interior que nos hace sentir bien, felices y con buenas vibraciones. Andaremos el camino espiritual únicamente cuando consideremos cada situación, sin que nos parezca buena o mala, como una experiencia que nos brinda la oportunidad de aprender a ser conscientes y a obrar adecuadamente. Viviremos espiritualmente cuando asumamos la responsabilidad de nuestras acciones equivocadas, cuando seamos conscientes de nuestros viejos hábitos, a los que estamos aferrados por el egoísmo y el miedo y no nos perdamos en compensaciones y consuelos.

La muerte de los sueños.

Es cierto que no se sacia el ojo de ver ni se harta el oído de oír, que el conseguir muchos deseos no deja satisfecha el alma y que en todo deseo se encuentra la trampa de la distracción y del engaño. Pero tenemos que ser muy cautos con las doctrinas que nos exhortan a morir a los propios sueños y deseos.

Vivir espiritualmente no significa escapar de las condiciones o reprimirlas, sino comprenderlas, amarlas y actuar sobre ellas de la manera más adecuada para, finalmente, dejarlas cambiar. Mientras se pretenda mejorar las condiciones que se observan en la existencia, mientras se desee mejorar la propia vida o la vida de la humanidad, y se trate de obtenerlo por la fuerza en lugar de tomar el camino de la comprensión, se permanecerá en el juego de la causa y del efecto. No olvidemos que la forma en que uno se comporta determina sus condiciones presentes y futuras.

No es lo más apropiado seguir la doctrina que incita a morir a los sueños y deseos. Este no suele ser el objetivo de nuestras vidas y, por eso, no nos lo debemos imponer. Es necesario que vivamos con nuestros sueños y deseos, comprenderlos y, si obramos adecuadamente, algunos de ellos se disiparán por sí mismos. No es lo mejor desear lo que no se puede ser, sino que debemos prestar atención hacia la realidad de nuestras vidas, día a día, ser del todo conscientes y obrar adecuadamente.

La persona que vive espiritualmente tiene la capacidad de soportar los embates de las tormentas emocionales. A esta virtud se le llama templanza, que es la moderación de los excesos emocionales. El objetivo de la vida espiritual no es la represión de las emociones o deseos, porque una vida sin emoción sería una estéril indiferencia ajena a la riqueza de la vida misma. Un objeto de la vida es que aprendamos a moderar la proporción y adecuación de las emociones a las circunstancias. Tratar apropiadamente los propios deseos y emociones es la clave de la vida espiritual y del bienestar emocional, ya que los sentimientos perturbadores que crecen intensamente o que perduran durante demasiado tiempo socavan la propia estabilidad. Cuando los deseos y las emociones son desbordantes y persistentes –como ocurren en el caso de la depresión paralizante, de la ansiedad abrumadora, de la ira desbocada o de la agitación maníaca- se convierten en algo patológico, mientras que si son amordazados, generan apatía.

Un síntoma de la muerte de los sueños es la paz. Cuando mueren nuestros sueños la vida pasa a ser como una tarde de domingo en la que no nos pedimos cosas importantes y no nos exigimos más de lo que queremos dar. Creemos entonces que ya estamos maduros; abandonamos las fantasías de la juventud y conseguimos realizarnos personal y profesionalmente. Nos sorprendemos cuando alguien de nuestra edad dice que quiere todavía esto o aquello de la vida. Pero, en verdad, en lo íntimo de nuestro corazón, sabemos que lo que ocurrió fue que renunciamos a luchar por nuestros sueños.

Cuando renunciamos a nuestros sueños y encontramos la paz disfrutamos un pequeño período de tranquilidad. Pero los sueños muertos comienzan a pudrirse en nuestro interior e infectan todo el ambiente en que vivimos. Empezamos a ser crueles con los que nos rodean y, finalmente, pasamos a dirigir esta crueldad contra nosotros mismos. Surgen las psicosis y las enfermedades. Lo que queríamos evitar en el combate por lograr nuestros sueños -la decepción y la derrota- pasa a ser el único legado de nuestra cobardía. Y llega un bello día en que los sueños muertos y podridos vuelven el aire tan difícil de respirar que pasamos a desear la muerte, la muerte que nos libre de nuestras certezas, de nuestras ocupaciones y de aquella terrible paz de las tardes del domingo.

Lo importante de nuestra vida es la calidad del trabajo espiritual que realizamos día a día, y no tiene sentido querer empezar la casa por el tejado ¿De qué nos sirve querer desintegrar nuestros sueños, desear ser mejor mañana, si no respondemos a los retos del presente? Debemos, pues, ver la realidad y no vivir de ilusiones deseando cambiarla. No es la mejor elección huir del presente queriéndolo transformar, pensando en el futuro. Actuar de esta forma no favorece la desaparición del ego y de sus impurezas.

3. Las imperfecciones.

El “yo”.

El "yo", el ego, significa la idea, la memoria, el recuerdo, la conclusión, la experiencia, las diferentes intenciones, el constante empeño por ser o no ser, la memoria acumulada de inconsciente, lo racial, el grupo, lo individual, el clan, la nación y toda una serie de cosas por el estilo, ya se proyecten hacia fuera como acción o se proyecten "espiritualmente" como virtud. También debemos incluir la rivalidad y el deseo de ser. El esforzarse por todo eso proviene del ego y cuando lo vemos claramente descubrimos que realmente es algo maligno.

El “yo” es la causa que divide a las personas, el ego nos encierra en nosotros mismos, en nuestras actividades, por nobles que parezcan, nos separa y no aísla. Todo eso lo sabemos. Los momentos en los que el ego no está presente, en los que no hay sensación de lucha, de esfuerzo, son extraordinarios. Y esto ocurre cuando hay amor.

La experiencia fortalece al ego. En todo momento tenemos experiencias, impresiones; las interpretamos y reaccionamos ante ellas. Según sean nuestros recuerdos reaccionamos ante cualquier cosa que vemos y que sentimos. Y de este proceso de reaccionar ante lo que vemos y sentimos surge la experiencia.

Deseamos estar protegidos, tener seguridad interior, deseamos tener un maestro, un instructor, un Dios, y experimentamos aquello que hemos proyectado. Es decir, hemos proyectado un deseo que ha tomado una forma, a la cual le hemos dado un nombre y ante eso reaccionamos. Es nuestra proyección, nuestra nominación. Este deseo que nos brinda una experiencia nos hace decir: "he experimentado", "he visto al maestro", o bien "no lo he visto". Ya conocemos todo el proceso de nombrar y de relatar una experiencia.

La experiencia está siempre fortaleciendo al ego, pues cuanto más inmersos y más alienados nos encontramos en una experiencia, tanto más se fortalece el ego. La experiencia nos otorga cierta fuerza de carácter, conocimiento, creencia y pertenencia a algún grupo determinado. Y de todo eso hacemos gala ante otros porque sabemos que no son tan "dotados" como nosotros o no pertenecen a nuestro grupo.

Es preciso que veamos cómo el ego siempre actúa. Nuestras creencias, maestros, "castas" o niveles sociales, nuestro sistema económico, son todos un proceso de aislamiento y de conflicto. Por eso es necesario que comprendamos el proceso de la experiencia.

Por ejemplo, vemos la importancia de tener una mente silenciosa, una mente serena, por que lo hemos leído o porque nosotros mismos vemos lo bueno que es estar tranquilo y tener una mente apacible. Deseamos experimentar el silencio y por ello nos disciplinamos, por medio de la disciplina buscamos experimentar el silencio. De esta forma, el ego se instala en la experiencia del silencio, es más, el ego toma vida en cualquiera de nuestros deseos.

Anhelamos comprender qué es la verdad. Después está nuestra proyección de lo que consideramos que es la verdad, porque hemos leído mucho al respecto y hemos oído hablar a mucha gente. El deseo mismo es proyectado y experimentamos y reconocemos ese estado. Si no reconociéramos ese estado no lo llamaríamos "verdad". Pero lo reconocemos y lo experimentamos, y esa experiencia da vigor al ego. El ego se atrinchera en la experiencia y decimos "yo sé", "hay Dios" o "no hay Dios", decimos que un determinado sistema político es justo y los otros no lo son.

Vemos que todas las experiencias del ego son destructivas y queremos encontrar algo que lo disuelva. Creemos que hay varias maneras para disolver el ego, como la identificación, las creencias, etc. Pero todas ellas están al mismo nivel, ninguna es superior a la otra, porque todas ellas son igualmente poderosas para fortalecer el ego. El ego funciona todo el tiempo, y siempre produce ansiedad, miedo, frustración, desesperación, desdicha, no sólo en nosotros mismos sino en todos cuantos nos rodean. El ego es una fuerza aisladora y destructiva, y queremos hallar una manera de disolverlo.

No queremos ser parcialmente inteligentes, sino totalmente inteligentes. La mayoría de nosotros somos inteligentes en algún campo, algunos son inteligentes en los negocios y otros en su trabajo de la oficina. Las personas son inteligentes de diferentes maneras, pero no lo somos completamente. Ser completamente inteligentes significa ser sin ego. Cuando decimos que queremos disolver el ego, en el momento en que decimos "quiero disolver esto" existe aún la experiencia del ego, y así el ego se fortalece.

La acción creadora no es en absoluto la experiencia del ego. Hay creación cuando el ego no está presente. Porque la creación no es intelectual, no es de la mente, no es autoproyectada, es algo que está más allá de toda experiencia. Y aquí reside el problema, pues cualquier actividad de la mente,

positiva o negativa, es una experiencia que en realidad fortalece el ego. Sólo dejamos de fortalecer al ego cuando existe un completo silencio.

Creemos que hay una entidad espiritual que existe aparte del ego, que observa al ego y lo puede disolver, que podemos arrinconar al ego por la fuerza. La mayoría de las personas que son “religiosas” -no son realmente religiosas, aunque así las llamemos- creen que existe tal entidad, y que si podemos ponernos en contacto con ella disolverá el ego. Los materialistas creen que es imposible destruir al ego, que sólo podemos condicionarlo y contenerlo, en lo político, lo económico o lo social.

Deseamos que exista una entidad que se encuentre fuera del tiempo y que no pertenezca al ego que venga y lo destruya. Y a esa entidad lo llamamos Dios. Pero buscar una entidad para que entre en acción y destruya al ego es otra forma de experiencia que fortalece al mismo ego. Eso es lo que ocurre cuando creemos.

Cuando creemos que existe la Verdad, Dios o la inmortalidad iniciamos un proceso que alimenta y fortalece al ego. Es el ego quien proyecta ese montaje, la estructura que asegura su propia continuación. Todo eso nos ofrece experiencia, y la experiencia no hará otra cosa que engordar al ego. Así no destruiremos jamás al ego, sino que simplemente le daremos un nombre y una cualidad diferentes. El ego continuará estando ahí, sólo que cada día estará más gordo y bien cuidado, y nuestra acción, desde el principio hasta el fin, será la misma clase de acción, aunque creamos que evoluciona, que crece, que se vuelve cada vez más bella. Pero si la observamos detenidamente nos daremos cuenta que es la misma acción que continua, que es el mismo ego que toma diferentes ropajes.

Cuando vemos con claridad todo el proceso del ego, sus astutas y extraordinarias invenciones, cómo se encubre y alimenta mediante la creencia, la virtud, la identificación o el conocimiento; cuando vemos que nos movemos en círculos, dentro de una jaula que él mismo fabrica; cuando vemos que toda la actividad de la mente es tan sólo una forma de alimentación y de fortalecimiento del ego; cuando nos damos completamente cuenta de todo esto en la acción, no de un modo verbal sino que lo vemos realmente, entonces entramos en una calma extraordinaria que no se genera por la fuerza en el que la mente, totalmente en calma, no tiene poder de crear. Todo lo que la mente puede crear, cualquier cosa, lo crea dentro de un círculo cerrado, dentro del ámbito de ego.

Cuando la mente se encuentra en calma y no crea surge la verdadera creación, la que no es un proceso reconocible. La realidad, la verdad, no se

puede reconocer. Para que la verdad surja la creencia, el conocimiento, la experiencia, el perseguir la virtud, todo eso debe desaparecer. La persona "virtuosa" que persigue la virtud jamás podrá encontrar la verdad. Podrá ser una persona muy decente, pero esto es algo totalmente distinto de quien vive espiritualmente, que ve la verdad, comprende y obra adecuadamente. Sólo se manifiesta la verdad a la persona que vive espiritualmente. Por eso es tan importante ser pobre, no sólo en las cosas del mundo, sino también en creencias y en conocimientos. Alguien rico en bienes materiales, o en conocimientos y en creencias, jamás conocerá otra cosa que la oscuridad, y será el centro de toda discordia y sufrimiento. Mas si nosotros, como personas, podemos ver todo este comportamiento del ego, entonces sabremos qué es el amor. En verdad que ésta es la única reforma que puede cambiar el mundo. El amor no es del ego. El ego no puede reconocer al amor. Decimos "yo amo", pero al decirlo y al experimentarlo, ya no hay amor. Pero cuando verdaderamente amamos no hay ego. Cuando hay amor no hay ego.

Cuando alguien no es espiritual surgen los conflictos, los ideales, las creencias, los juicios, y todo esto alimenta al ego. Pero cuando una persona vive espiritualmente sólo hay consciencia, amor y obras adecuadas, no existen ni el bien ni el mal, sólo existe una sola cosa, y esta es una mente inatenta. Cuando la mente persigue algo, aun cuando se trate de no ser codiciosa, sigue siendo codiciosa, porque trata de ser algo o de obtener algo.

Tenemos que conocer el objetivo principal de nuestra vida, que es ser consciente y obrar adecuadamente. Y esto siempre significa disolver el ego. El ego está atado al tiempo y en él no hay amor ni compasión. Podemos ir más allá del ego sólo cuando la mente no se separa a sí misma como el pensador y el pensamiento pues no existe en realidad tal separación, sino que el pensador y el pensamiento son una sola cosa. Sólo entonces surge el silencio, el silencio en el que no hay formulaciones de imágenes o experiencias; en este silencio no hay un experimentador que esté experimentando. Sólo así sucede una revolución psicológica creativa.

Las impurezas.

En el cuerpo humano existen algo así como puertas desde las que se puede acceder al interior del alma. Por ello, en un determinado estadio de la evolución, se debe poseer el conocimiento que nos dice cómo abrir o cerrar estas puertas cuando se crea necesario. Es fácil encontrar a personas, con el entendimiento claro y con los corazones abiertos para amar, que no guardan para sí ninguno de los bellos regalos con los que Dios les ha enriquecido. Teniendo las puertas de su alma abiertas de par en par derraman en el

mercado el exquisito aroma que, guardado en el fondo de su interior y administrado adecuadamente, podría servir de ayuda y hacer mucho bien a la humanidad.

El diablo es un parásito que el ser humano lleva adherido. Éste lo alimenta con sus equivocaciones y, por eso, el diablo le tienta con aquello que nos parece más placentero. Habitualmente se piensa que si algo resulta agradable debe ser bueno, pero muchas cosas pueden resultar atractivas y placenteras y pueden incluso matar a una persona. De hecho, siempre que se cae en la tentación se pierde algo precioso, se malgasta una parte importante de la propia vida.

No es cierto que el corazón humano esté naturalmente inclinado al mal, ni que haya en él un fondo de vileza o un profundo abismo de perversión. Pero sí es verdad que el ser humano se deja llevar por el ego de forma ignorante y comete las más horribles atrocidades. A propósito de esto, no es el mejor camino que podemos emprender desear acabar con el ego, hay que dar gracias a Dios por todo lo que nos ofrece, incluidos los egos, impurezas o imperfecciones, porque es siendo conscientes de ellos y obrando adecuadamente, montando sobre ellos y llevándolos donde creamos apropiado, como abrimos el alma a la Luz.

Las emociones que produce el ego y que se experimentan en la intimidad no son un error por sí mismos, sino una ocasión sin igual en la que la propia virtud se pone a prueba. Si en un primer momento no se consienten, la voluntad los resiste y se rechaza el objetivo del ego, entonces uno se encuentra, en principio, lejos de la culpa moral. El ser humano debe aprender a conducirse entre el no permitir el mal, bajo ningún concepto, y el “consentirlo” para verlo y comprenderlo. No nos podemos quedar en reprimir los impulsos naturales o animales, debemos aprender a contemplarlos con toda claridad y entenderlos, pues sólo así se encauzan las energías de manera adecuada y el mal se disipa por la comprensión que otorga la consciencia.

Todo el mundo pasa por diferentes tipos de tentación, pero este no es el problema. Lo que es necesario es estar atento y ser consciente de que uno está siendo tentado, de que se entra en una prueba, y poder obrar adecuadamente. Las impurezas que habitan en nuestro interior, nuestros diferentes egos, son las que nos tientan. Son tendencias que nacen y se alimentan de impulsos de la mente, algunos de los cuales provienen del subconsciente. Estas predisposiciones hacen continuamente estragos en nosotros mismos y en todos aquellos que nos rodean.

No todos admiten que existen aspectos de ellos mismos que necesitan ser limpiados y purificados y, normalmente, se justifican como pueden. Piensan que tratan de divertirse o que si es así como lo sienten deben, por lo tanto, necesitarlo. El diablo, el ego, con sus tentaciones, está siempre en nuestro corazón, y como no lo reconocemos sucumbimos casi siempre en las pruebas. Las tentaciones están siempre presentes, tratando constantemente de que hagamos lo que nos resulta más cómodo y placentero. Pero es necesario que aprendamos que ningún placer verdadero puede llegarnos a través de las puertas de los sentidos, y que si alguna sensación llega no es verdadero placer y siempre termina.

Constantemente estamos tentados con cometer el error de identificarnos con nuestros egos, pues al llevarlos dentro de nosotros es difícil de reconocerlos. Antes que nada es preciso que seamos conscientes de ellos, tratarlos adecuadamente y, después, seguir viviendo espiritualmente, hasta que al final no formen parte de nuestra naturaleza. El camino espiritual es un camino de purificación y de liberación en el que transformamos nuestra naturaleza interior. Una persona mundana deja seguir a su naturaleza interior tal y como es, con todas sus tendencias e inclinaciones, por muy nefastas que sean estas, pero una persona espiritual las transmuta. La mayoría cree que las manchas únicamente pueden verse en la ropa o en el cuerpo físico. Pero la suciedad del alma se puede ver igual, no con el ojo físico sino con el ojo de la sabiduría. Con el ojo del conocimiento sabemos cuando alguien está furioso, no hace falta que diga una sola palabra o, por ejemplo, conocemos cuando alguien es egoísta, antes que sus acciones y sus palabras le traicionen.

Muy pocas personas en este mundo disfrutan de situaciones que les parezcan perfectas, casi todos tenemos algo en nuestras vidas que nos parece inadecuado. O la casa es muy pequeña, o el salario es muy bajo, o la educación no fue suficiente para el trabajo que uno quiere. Siempre nos parece que hay algo inadecuado. No nos damos cuenta que, a través de todas las situaciones que vivimos, la vida nos quiere enseñar algo que es necesario que aprendamos y nos da la oportunidad de obrar adecuadamente.

Este plano de consciencia es un mundo perfecto para aprender a ser conscientes y obrar adecuadamente. En él tenemos, por una parte, suficiente sufrimiento y suficiente incomodidad como para impulsarnos a hacer algo y, por otra, sentimos suficiente placer como para no deprimirnos totalmente por nuestros sufrimientos. El error que cometemos es esperar cosas equivocadas, como por ejemplo que nuestra situación cambie sin haber comprendido lo que Dios, a través de las situaciones concretas, nos quiere enseñar y nos pide.

Todos tenemos una vaga intuición o sabemos que hay algo equivocado en nuestras vidas, que hay algo que está mal, pero lo único que es equivocado y que sobra en nuestras vidas es la forma como tratamos a las impurezas. Eso es todo, no hay nada más que esté equivocado. Es necesario ser capaces de hacer algo al respecto aquí mismo y ahora, y no en un futuro, porque el futuro es pura fantasía. En realidad no se sabe lo que va a ocurrir mañana. Ahora mismo no sabemos cuándo va a surgir alguna de nuestras imperfecciones. Pero sí que las podemos ver cuando surjan, ser conscientes de ellas y obrar adecuadamente. Sólo podemos trabajar, utilizar como nuestro campo de trabajo, aquello de lo que somos conscientes.

Estamos llenos de imperfecciones con las que necesitamos confrontarnos y tratar a la luz de la consciencia. Esto puede parecer sencillo pero es un trabajo duro, y a no ser que estemos dispuestos a hacer el trabajo no podremos seguir el camino de la espiritualidad. Es un trabajo que tenemos que estar dispuestos a realizar sin descanso, a jornada completa. Si dormimos cinco, seis o siete horas al día, nos quedan alrededor de diecisiete horas para el trabajo, pero si lo limitamos a unos minutos a lo largo del día nos será imposible avanzar. Si tratamos de vivir espiritualmente sólo un espacio de tiempo a lo largo del día y el resto del tiempo nos olvidamos de ello –lo que no es tan raro como suena-, no seremos conscientes y no obraremos adecuadamente en nuestras vidas, entonces el objetivo de la vida se nos escapará entre los dedos como lo hace el agua.

Las personas con las que nos relacionamos pueden ser un factor muy importante para el recorrido de nuestro camino espiritual. Una ayuda excelente es tener una clase muy especial de amigos con los que normalmente no se hablan de chismes, ni del tiempo, ni de política, ni de otras personas, sino con los que se conversa principalmente sobre el trabajo espiritual. Este tipo amistad nos ayuda continuamente a ser conscientes, a observar atentamente, a reflexionar y a obrar adecuadamente. Es una gran ayuda relacionarnos con personas sabias y maduras, tener buenos amigos con los que desarrollar y disfrutar de conversaciones espirituales. Lo que equivale a decir que es necesario tener cuidado con la clase de amigos que elegimos. No quiere decir que tengamos que acabar con todos nuestros viejos amigos, pero siempre es bueno tener esa clase de amigos con los que poder mantener conversaciones sabias y que nos inspiren mutuamente.

De la misma manera que no tomamos veneno y no queremos llenar nuestro cuerpo de comida inmunda, no es algo bueno llenar nuestras mentes de conversaciones inmundas. La mente debe estar en paz y atenta para desarrollar con nuestros amigos del alma conversaciones sobre el camino espiritual. Conversaciones llenas de virtud, que inspiren, ayuden, tranquilicen

y curen el alma y que, sobre todo, ayuden a reencontrar y a seguir el camino para resolver apropiadamente los problemas que se nos plantean.

Al final, las impurezas provocan siempre sufrimiento y malestar interior. Alguien puede darse cuenta de ello y pensar que puede erradicar las impurezas que le limitan y cultivar la virtud. Pero tal cosa no es posible. Si alguien ve con claridad que las imperfecciones son cadenas que le atan a la oscuridad y a la sinrazón, lo más adecuado que puede hacer es ser plenamente consciente y, por medio de la luz de la misma consciencia, obrar apropiadamente y permitir que se desintegre la imperfección.

Las impurezas no son únicamente aquellas inclinaciones fuertes y violentas alimentadas siempre por el ego y que agitan el corazón, sino también aquellos movimientos más suaves, más “espirituales”, por decirlo así, porque, al parecer, están más cerca de las altas regiones del espíritu y suelen llamarse sentimientos. Las impurezas son las mismas, sólo varían por su forma o, más bien, por el grado de intensidad y por el modo de dirigirse a su objeto. Son entonces más delicadas, pero no menos terribles, pues esa misma delicadeza contribuye a seducirnos y a extraviarnos con más facilidad.

Cuando el ego se presenta en toda su deformidad y violencia, sacudiéndonos brutalmente y empeñándose en arrastrarnos por los malos caminos, el espíritu se prepara a enfrentarse contra el adversario, resultando tal vez que la misma impetuosidad del ataque provoca una heroica defensa. Pero si el ego o impureza deja sus maneras violentas, si se despoja, por así decirlo, de sus groseras vestiduras, se disfraza de razón, del conocimiento y de la voluntad, entonces toma por traición una plaza que no hubiera tomado por asalto.

Cuando el ser humano es poseído por el ego llega al extremo de engañarse a sí mismo, y para tejer la red del autoengaño suelen entrar en juego los diferentes egos o impurezas que nos atenazan. Creyendo obrar a impulsos de un “buen deseo”, quizás a impulsos del mismo amor, se halla sujeto a la fascinación de un monstruo a quien no ve y cuya existencia ni siquiera sospecha. Entonces la envidia destroza las reputaciones más puras, el rencor persigue inexorable y la venganza se goza en el dolor de la desafortunada víctima.

Jamás reflexionamos demasiado sobre los secretos del corazón, ni vigilamos lo suficiente como para guardar las puertas por donde se introduce la maldad, que siempre permanece al acecho. Las impurezas no son tan terribles cuando se presentan como son en sí, dirigiéndose abiertamente a su objeto y atropellado con impetuosidad cuanto se les pone por delante. En este

caso, por poco que se conserve en el espíritu el amor al bien, si la persona no ha llegado todavía hasta el fondo de la corrupción o de la perversidad, tan pronto como es consciente del vicio, con su aspecto característico, siente levantarse en su alma un movimiento de indignación. Pero corre muchos peligros si se cambian los nombres y las apariencias y se le presenta el monstruo disfrazado, si sus ojos miran a través de engañosos prismas que pintan con hermosos colores y apacibles formas la negrura y la monstruosidad.

Los mayores peligros de un corazón espiritual no están en el brutal aliciente de las impurezas groseras, sino en aquellos sentimientos que encantan por su delicadeza y seducen con su ternura. El miedo no entra en las almas nobles sino con el dictado de la prudencia; la codicia no se introduce en los pechos generosos sino con el título de economía previsoras; el orgullo se cobija bajo la sombra del amor a la propia dignidad y del respeto debido a la posición que se ocupa; la vanidad engaña al vanidoso haciéndole sentir la urgente necesidad de conocer el juicio de los demás para aprovecharse de la crítica; la ira se apellida santa indignación; la pereza invoca en su auxilio la necesidad del descanso; y la roedora envidia destroza las reputaciones escudándose en el amor a la verdad.

El ser humano emplea la hipocresía para engañarse a sí mismo quizás más veces que para engañar a los demás. Raras veces conoce el auténtico móvil de sus acciones y, por esto, aún en sus virtudes más puras, hay siempre algo de escoria. La virtud íntegramente pura sólo surge de una consciencia y de un obrar perfectos, y esto se suele encontrar bien lejos de la humanidad actual. Llevamos en nuestro corazón un germen maligno que mata u oscurece las acciones virtuosas, y no es poco si llegamos a evitar que ese germen se desarrolle y nos pierda. Pero, a pesar de esta debilidad tan grande, no deja de brillar en el fondo de nuestra alma una luz inextinguible, encendida por Dios, que nos hace distinguir el bien del mal. Esta luz nos sirve de guía en nuestro camino y de remordimiento en nuestras equivocaciones.

Nos engañamos a nosotros mismos para no ponernos en contradicción con lo que nuestra consciencia nos dice. Nos tapamos los oídos para no oírlos, cerramos los ojos para no ver lo que nos muestra e intentamos hacernos la ilusión de que nos es imposible aplicar aquello que nos aconseja. Y es así como actúan las impurezas, nuestros diferentes egos, sugiriéndonos pensamientos engañosos. Le cuesta mucho al ser humano parecer malo, aunque sólo sea para sus propios ojos. Le falta valor y por ello se vuelve hipócrita.

Las impurezas toman un carácter particular en cada uno de los seres humanos. Cada persona tiene algo así como un resorte que conviene conocer, saber tratar y no perder nunca de vista. Necesitamos conocer qué resorte es el que tienen las demás personas para acertar en el trato con ellas. Pero más importante y necesario es que cada uno de nosotros descubra qué clase resorte tiene en sí mismo, porque allí suele estar el secreto de las grandes cosas, tanto de las buenas como de las malas. Este resorte no es más que un fuerte apego que llega a dominar a las demás preferencias y esclaviza a la persona hacia un objetivo. De esta impureza dominante se resiente toda la presencia de la persona, tiñe todos los actos de la vida y constituye lo que se llama carácter.

Como tenemos la inclinación de huir de nosotros mismos y nos cuesta tanto estar atentos a nuestro interior nos es difícil descubrir cuál es la impureza que en nosotros predomina. Desgraciadamente, de nadie huimos tanto como de nosotros mismos y nada estudiamos menos que lo que tenemos más cerca y más nos interesa. La mayoría de los seres humanos se van de esta Tierra no sólo sin haberse conocido a sí mismos, sino también sin haberlo intentado. Se debe prestar constantemente atención sobre el propio corazón para poder penetrar en sus secretos, conocer sus inclinaciones, refrenar sus arrebatos, corregir sus vicios y evitar sus extravíos. Se debe vivir con esa vida íntima en la que el ser humano se da cuenta de sus pensamientos y de sus apegos y no actúa sin haber consultado a su discernimiento y dado a su voluntad la dirección conveniente. Pero esto no se hace, al contrario; los seres humanos se abalanzan y se pegan a los objetos que les incitan y viven tan sólo con esa vida exterior que no les deja tiempo ni espacio para entrar en sí mismos.

Cuando se reflexiona sobre las propias inclinaciones o impurezas y se aprende a distinguir el carácter y la intensidad de cada una de ellas, aunque lleguen a arrastrar alguna que otra vez al propio espíritu, no lo obligarán sin que éste oponga resistencia. Quizás pueda parecer a simple vista que llegan a cegar el entendimiento, pero la luz de la consciencia jamás se apaga en nuestro interior si esa es nuestra voluntad, y por ello nos damos cuenta de lo que sucede cuando intentan dominarnos.

Pero si no se fija nunca la mirada en el propio interior y se obra según impulsan los diferentes egos, sin preocuparse de averiguar de dónde nace el impulso, llegan a ser una misma cosa el dictado del ego y la voluntad, el instinto inferior y el consejo del entendimiento. De esta forma, el entendimiento no es dueño del alma, sino esclavo. En vez de dirigir, moderar y corregir con su discernimiento y voluntad las inclinaciones de los egos, el ser humano se ve reducido a un vil instrumento de ellos y es obligado a

emplear todos recursos de su sagacidad para proporcionarles los goces que les satisfacen y alimentan.

La espiritualidad lleva a la observación y al estudio de las propias inclinaciones y le descubre a uno un profundo conocimiento del propio corazón. Lo que le falta al ser humano para obrar bien no es conocimiento especulativo ni erudito, sino conocimiento práctico que pueda aplicar a los actos concretos de su vida. Todos sabemos y repetimos mil veces que las impurezas nos extravían y nos pierden. La dificultad no está en esto, sino en saber cuál es la que predomina en nuestras acciones, bajo qué forma, bajo qué disfraz se presenta a nuestro espíritu, y de qué modo tenemos que actuar ante sus ataques o estar precavidos ante sus estratagemas. Debemos conocer nuestra impureza o ego predominante con un conocimiento claro para obrar adecuadamente en nuestra vida.

La diferencia entre un ser humano que forma parte del rebaño y otro desarrollado consiste en que éste posee un conocimiento de la realidad claro y exacto, y aquél sólo ve la verdad de una forma inexacta, confusa y oscura. No consiste la diferencia en la cantidad de conocimiento o de información, sino en la calidad. Sobre un determinado objeto los dos tipos de personas pueden tener conocimiento, ambos pueden mirar el mismo objeto, lo que ocurre que la visión de uno es mucho más perfecta que la del otro. Lo mismo sucede en lo relativo a la puesta en práctica de este conocimiento. Seres inmorales hablarán de la moral y conocerán sus reglas, pero este conocimiento será superficial, mental, no lo habrán intentado aplicar, no estarán al corriente de los obstáculos que impiden llevarlo a la práctica en las diferentes ocasiones y no sabrán cuándo ni cómo deben hacer uso de los mismos egos e inclinaciones inferiores. Son individuos completamente poseídos por los egos y se alejan del conocimiento y de la Luz.

Por el contrario, cuando una persona es espiritual todos sus pensamientos, sus sentimientos y sus acciones van acompañados de conocimiento y de discernimiento. Por la espiritualidad nos ponemos en guardia al menor peligro, reflexionamos antes de actuar y, al obrar de forma adecuada, hacemos florecer y fortalecemos la virtud.

Poco basta para extraviar a una persona, pero tampoco se necesita mucho para corregirle de sus defectos. Somos más débiles que malos, nos alejamos mucho de aquella terquedad satánica que no se aparta jamás del mal. Por el contrario, tanto el bien como el mal nos abrazan y nos abandonan con bastante facilidad. Somos niños hasta la vejez. Nos presentamos a los demás con toda la seriedad posible, pero en el fondo nos encontramos a nosotros mismos inmaduros en muchas cosas y nos avergonzamos. Se ha

dicho que nadie le parece grande a su ayuda de cámara, y esto encierra mucha verdad. Y es que vistos de cerca se descubren las pequeñeces que nos rebajan. Pero más cosas sabe uno mismo sobre sí que su ayuda de cámara, por eso somos todavía menos grandes a nuestros propios ojos. Aun en nuestros mejores años necesitamos cubrir con un velo la inmadurez que se abriga en nuestros corazones. Los niños ahora juegan y después lloran, inconscientemente, automáticamente, sin saber muchas veces por qué. Cambiando las circunstancias externas cambian su estado interior, y no se acuerdan del momento anterior ni piensan en el venidero. Sorprendente esto es lo que hace continuamente la persona más seria, grave y sesuda.

Uno mismo sufre las consecuencias de sus propios defectos, pero también, al sucumbir a las propias imperfecciones, hace que toda la humanidad se resienta. Las diferentes imperfecciones o egos absorben una delicada energía vital que la humanidad necesita para poder resolver sus graves problemas de una manera creativa y definitiva. El ser humano común no posee una unidad psicológica que gobierne y dirija convenientemente su vida, sino que multitud de creaciones psicológicas viven en su interior, como si éste fuera un gallinero en el que estas entidades se empujan y luchan por poseer el control de sus centros -físicos, emocionales y mentales- y así obtener energía y vida. Todos estos egos -lujuria, gula, ira, codicia, envidia,...- esclavizan a las personas y son fuente de sufrimiento, pues absorben y embotellan la consciencia y la energía y son un obstáculo para obrar adecuadamente. Es urgente que el ser humano sea consciente de sus egos y obre apropiadamente. La consciencia necesita el mayor nivel de energía que se pueda disponer, por lo que se tiene que incrementar y purificar la energía todo lo que sea posible.

No hay falta sin castigo, aunque desde nuestra humana perspectiva no comprendamos qué es realmente este “castigo”. En verdad, el “castigo” no es más que un regalo inteligente y amoroso de Dios que tiene la finalidad de despertarnos y enseñarnos. El Universo está sujeto a una ley de armonía y quien la perturba sufre. El mal cometido por una persona no puede serle totalmente imputado, pero no deja de ser un mal y un desorden. Por lo tanto, es preciso corregir su consciencia moral de sus errores. Todas las obras inadecuadas que se cometen ocurren siempre por el mal uso que hacemos de la energía divina que nos es entregada. Acumulamos, pues, grandes deudas con Dios porque desperdiciamos su energía, a veces en ataques de ira y de violencia y otras sucumbiendo a los placeres sensuales. Si somos conscientes de ello y le pedimos perdón a nuestro Padre el daño se minimiza y el “castigo” no se materializa de la misma manera que si no fuéramos conscientes. Equivocación reconocida es equivocación “perdonada”, aunque Él siempre nos ha perdonado ya.

Al abuso de las facultades físicas le sucede el dolor, y a los extravíos del espíritu les siguen el pesar y el remordimiento. Quien busca con excesivo afán la gloria se atrae la burla; quien intenta exaltarse sobre los demás con un orgullo destemplado provoca en contra suya la indignación y la humillación. El perezoso goza en su inacción, pero bien pronto su desidia disminuye sus recursos, y la necesidad de atender a sus necesidades le obliga a un exceso de actividad. El derrochador disipa sus riquezas en los placeres y en la ostentación, pero no tarda en encontrar un vengador de sus desvaríos en la pobreza andrajosa y hambrienta que le impone, en vez de goce, privaciones y, en vez de lujosa ostentación, escasez vergonzosa. El avaro acumula tesoros temiendo la pobreza, y en medio de sus riquezas sufre los rigores de esa misma pobreza que tanto le espanta, él mismo se condena. El excesivo deseo de agradar produce desagrado; el afán por ofrecer cosas demasiado exquisitas fastidia. Lo ridículo se encuentra junto a lo sublime, lo delicado no está lejos de lo empalagoso. El ansia de ofrecer cuadros simétricos suele conducir a contrastes disparatados.

Dios no ha dejado indefensas a sus leyes que rigen el Universo. A todas las ha protegido con el justo castigo para quien las transgrede. Castigo que, por lo común, se experimenta ya en esta vida. Ni la sociedad ni las personas en particular pueden olvidar impunemente los eternos principios de la espiritualidad. Cuando lo intentan, aguijoneados por deseo y el interés propio, tarde o temprano se pierden y perecen en el mundo que ellos mismos se crean. El deseo que prometía placer los convierte en víctimas.

El ego forma una unidad que está compuesta de muchas y variadas partes. Por eso se le llama ego o, también, egos. Alimentar a un ego significa alimentar a todos los demás, es como tirar migas de pan a los pececillos de un estanque que luego serán comidos por otros peces mucho más grandes. Si no se pone remedio, estos monstruos se hacen cada vez más grandes y poderosos y resulta más difícil tratarlos. Si viviendo espiritualmente se desintegra alguno de nuestros egos, automáticamente se debilitan o atenúan algunos más.